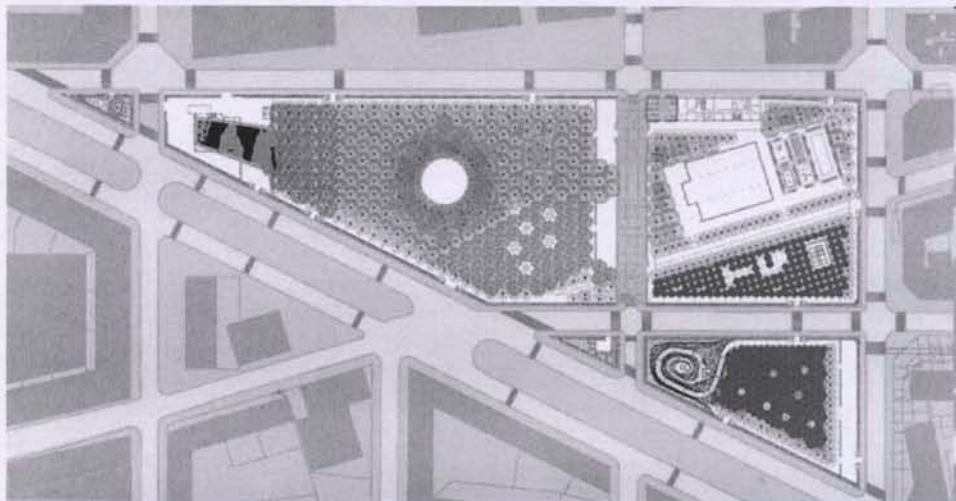


El Parc Central o el encorsetamiento de lo vivo



El Parc Central del Poblenou es triste reflejo de un sistema caduco (o que ya debería serlo) en el que el antropocentrismo es la lente con la que se mira y se trata al mundo, entendiendo que el medio vivo es tan moldeable como la arcilla en manos del alfarero, sin consecuencias, sin daño. La perspectiva mecanicista de la vida cobra un puesto preponderante en el tratamiento de los elementos vegetales, visión en la que no cabe sensibilidad ni empatía alguna hacia lo vivo, lo cual se reduce a mero objeto que crece y al que podemos domeñar a nuestro antojo. Entendemos también que ofrece un concepto empobrecido del propio ser humano ya que constriñe al usuario a espacios cerrados con una perspectiva mermada y de significados urbanos, a un espacio en el que no existe un mobiliario que invite a quedarse, al reposo, a la reflexión... Un espacio en el que la crispada vegetación a duras penas podrá ocultar el metal, erigido como verdadero protagonista con sus gigantescas estructuras de corte futurista.. Espacio en el que por no haber, no hay apenas fuentes (curioso contraste en el uso abusivo de los sauces, que son árboles de ribera, y la triste representación del elemento acuático). Pero vayamos por partes.

Desde el punto de vista jardinero, el parque no es más que un continuum de retención del crecimiento natural de los vegetales; podríamos objetar a esta afirmación que la propia jardinería tiene este fin, pero ésta tiene establecidas unas reglas, técnicas y metodologías fruto de milenios de profesión que establece un equilibrio entre las tendencias naturales de las plantas y lo que se pretende obtener de ellas. Así, si pretendemos construir un espacio umbrío tenderemos a utilizar árboles cuyo porte natural favorezca esta función: sería aberrante utilizar cipreses columnares a tal fin. El diseño de este parque se salta a la torera el «common sense» jardinero y parece buscar el más difícil todavía. Un ejemplo claro está en el túnel vegetal que cubre parte de la calle Espronceda compuesto de la mezcolanza sin estructura de cinco especies vegetales trepadoras, la poda y ordenación de las cuales (entre otras cosas para que no se ahoguen entre ellas) comienza a ser ya, en un parque neonato, «trabajo de chinos».



CONFEDERACIO GENERAL DEL TREBALL

SECCIÓ SINDICAL DE PARCS I JARDINS

Sindicat d'Administració Pública de Barcelona

Via Laietana 18, planta 9 - 08003-BCN - Tel. 3103362 Fax 3107110

Otro de los sinsentidos que, a nuestro juicio, rayan en la aberración, lo conforman los futuros túneles vegetales contruidos frente al «paisaje lunar» en los cuales se pretende -bajo tortura y contra natura- domeñar árboles (platanus ssp) forzándolos a adoptar estructuras totalmente arquitectónicas, árboles a cuyos pies y en cuyo tronco se hallan plantas trepadoras (bignonias), las cuales nunca podrán «trepar». Este modelo de asociación de una trepadora al tronco de un árbol se repite hasta la saciedad en el parque, ya que por doquier encontramos madre selvas (especie bien conocida por su carácter invasivo y rápido crecimiento) envolviendo en espiral a tilos y falsos pimenteros entre otros. He aquí otro reto para la jardinería puesto que conforme ambos vegetales vayan creciendo se establecerá una pugna por la vida, ya que la trepadora, especialmente de la forma artificiosa en que está dispuesta, estrangulará el crecimiento en grosor del árbol: una dificultad más para quien deba ocuparse del «asunto».

Para colmo de males y, quizás barrocamente inspirado por las pantallas y las marquesinas hechas con árboles de la jardinería versallesca e italiana, encontramos que la plantación de especies de rápido crecimiento, porte aparasolado y vigor sin igual como son el falso pimentero y la tipuana o palo de rosa, se estructura en alineaciones en las cuales la separación mínima entre ejemplares se reduce al absurdo. Así la única opción posible para que no surja el caos vegetal es la represión salvaje del crecimiento de estos árboles. La manifestación hiperbólica de este hecho la encontramos en un grupo de seis falsos pimenteros dispuestos con una separación de menos de medio metro entre sí en reverente adoración circular de una farola (o al menos eso parece), ejemplo extremo éste de un continuo de árboles plantados a escasos 50 cm de farolas, árboles plantados tan juntos que una persona de talla media con los brazos en cruz puede aferrarse a ambos troncos... No hace falta ser un experto; cualquier manual para aficionados determina un espacio vital bastante más extendido para algunos arbustos. Parece que el excesivo número de árboles obedece más a cuestiones políticas, para regocijo y autocomplacencia de un tripartito muy «ecológico» que a una visión técnicamente correcta del asunto... Es posible también que obedezca a la premura ya que el parque está escrito «con el lenguaje de las sombras» como expresó poéticamente el propio Jean Nouvell. Esta situación se repite en el uso y abuso de una especie trepadora como la bouganvillea, cuya fama como especie de feroz brotación y potentes espinas es harto conocida en la profesión. Bien, esta planta se ha dispuesto como cubierta vegetal del muro (por cierto, de carísimo hormigón) que rodea las distintas partes del parque, a pie de acera en doble alineación y compacto enmarañamiento. La poda y contención de este elemento vegetal ha de ser continua, especialmente, por el bien de los transeúntes, así como será continua la limpieza ya que este arbusto es «nido perfecto» para plásticos, papeles y demás basuras que por la ciudad campan.

A estas y otras dificultades específicas del mantenimiento del verde en este parque, se añade el hecho de que su caprichoso diseño obliga a que un altísimo porcentaje de los trabajos jardineros que en él se han de realizar han de ser de altura. Con ello no nos referimos al uso de andamios si no al uso de plataformas elevadoras, ya que los túneles vegetales, los «pous del cel» (si llegan las trepadoras a cubrir las galácticas estructuras, más parecidas a un decorado de ciencia-ficción), «els rams» (entre los que destacan unas especies de «cerillas» gigantes hechas con grandes tubos con un echinocactus en su extremo), «l'illa sota la cúpula» y demás estructuras metálicas a cubrir se elevan varios metros por encima del nivel del suelo. He aquí un aumento ya no de la complejidad sino también del costo del mantenimiento.



Otra previsible complejidad del mantenimiento es el abuso del sauce, árbol asociado a riberas y humedales que requiere una alta humedad ambiental y un suelo fresco y rico en agua para su correcto desarrollo y estado de salud... Tristemente apreciamos ya que varios ejemplares han fenecido y muchos otros presentan un aspecto distante de la lozanía. Pero el problema no queda aquí, ya que el sauce también es un árbol de feroces raíces que en su búsqueda del preciado líquido es capaz de penetrar en la más hermética de las canalizaciones: es pues seguro, que a medio plazo comenzará a haber problemas de intrusión en el sistema de riego y donde se tercié, intrusión que tristemente quedará circunscrita a estratos poco profundos generando futuros problemas de anclaje debido a un desarrollo superficial de las raíces. A día de hoy, podemos apreciar ya los primeros árboles muertos o de aspecto paupérrimo, llenos de tocones y heridas, descompensados, con brotaciones de vigor irregular debido a lo inadecuado de su ubicación y de los «cuidados» recibidos, añadiendo aquí que no solo ha habido poco acierto en la elección de especies, si no en la selección de ejemplares, ya que muchos adolecen de mala calidad de origen.

En referencia a la salud vegetal, ¡qué decir!, el hacinamiento (probablemente, fruto de las ansias por el «producto acabado»), el enmarañamiento de especies, la obligatoriedad de podas continuas y la contención del vigor natural de las plantas, el uso de especies sensibles con necesidades hídricas altas etc, hacen del conjunto vegetal del Parc Central del Poblenou un caldo de cultivo para enfermedades y plagas con la consabida necesidad de realizar tratamientos fitosanitarios que de otra forma se evitarían. Un ejemplo son las madreselvas abrazadas a los árboles, ya que para conseguir el efecto espiral se han atado en tupido haz todos los tallos de la planta, pudiéndose apreciar ya a día de hoy que es un perfecto hogar para hongos e insectos... Otro concepto, una elección adecuada de especies y la consideración de los más elementales normas técnicas en jardinería hubieran dado un resultado igualmente fiel a la concepción y estética del parque, ganando en utilitariedad, optimización de recursos y belleza. Un tímido acercamiento a postulados más mediterráneos lo encontramos en el microespacio dedicado a plantas aromáticas dispuestas a modo de huerto «protegido» por una pared en forma de L ribeteada con vegetales de flor perfumada: jazmín y galán de noche (¡ qué pena que el perfume de éste último se disfrute en plena noche, cuando el parque está cerrado!).

Creemos que el uso de un estilo más mediterráneo, de criterios más eficientes y respetuosos (por ejemplo la xerojardinería) y la consideración del elemento vegetal como verdadero protagonista del parque, utilizando mayor número de especies, jugando con formas naturales y generando a través de ellas los distintos ambientes, hubiera podido dar a luz un parque sano, útil y disfrutable, un parque para el usuario, un parque para las

personas no para catálogos... Porque de lo que este parque adolece es de no cubrir las necesidades reales del usuario: al margen de lo vegetal, el mobiliario del parque es escaso, frío, incómodo. Básicamente compuesto por sillas metálicas no aptas para más allá de una talla 42-44, pero tan de diseño que podrían ser objeto de exposición, es un mobiliario escaso y tan carente de realismo como de calidez. No invita a disfrutarlo, es digno del más feroz de los restaurantes de fast-food donde no hay posaderas que aguanten una tertulia. Pero aún hay más, ya que si algún usuario o usuaria tiene necesidad de estirarse encontrará unas instalaciones llamadas «nius» en las cuales se puede tender a ras de suelo sobre unas planchas metálicas bautizadas como «chaise-longes» mientras aspira el aroma de un tapiz de flores hoy por hoy inexistente... La pregunta es clara: ¿quien en su sano juicio se tira al suelo (aunque esté cubierto de metal), sin pisar la supuesta alfombra de



flores, para rebozarse en la tierra (y otros restos posibles) que otros usuarios menos comedidos han distribuido con sus pies a lo largo y ancho de la «tumbona»? La idea es muy bonita pero absurda, ilusa, cuando hablamos de jardinería pública... No hablemos de los minimalistas columpios, reducidos a barras de metal dispuestas en formas cúbicas, verdadera «fuente de inspiración» para la imaginación infantil, o de la discretísima disposición de las papeleras que brillan por su «cuasi» ausencia.



Esta falta de realismo se «hace carne» cuando llegamos a la certeza de que en el exceso de celo por «diseñar descanso», el equipo se ha olvidado de otras necesidades igualmente humanas: beber (apenas si hemos localizado una fuente) e ir al servicio.... ¿Cómo no se ha pensado en la instalación de este tipo de elementos en un parque que contempla dos grandes espacios para celebraciones? Dada la realidad, queda manifiesto que el diseño ha primado tanto en la creación del parque que ha supeditado la lógica y el sentido común a la creatividad y esto es, entre otras cosas, un lujo que un bien público no se puede permitir. ¿Dónde encontramos criterios de sostenibilidad, de salud ambiental? ¿Dónde la optimización de los recursos humanos y económicos? En un principio de siglo XXI en el que cada vez más voces en todo el mundo claman por modelos más coherentes y cercanos a lo humano y al respeto del

medio natural, hallamos en el Parc Central del Poble Nou claro ejemplo de una constelación ideológica a desterrar, del «todo vale» que nos ha llevado al colapso económico y medioambiental, del modelo cuya caída, gigante con pies de barro, estamos viviendo y sufriendo los pueblos llanos de todo el mundo.

BARCELONA FEBRERO DEL 2009

